

PRECIO EN MADRID.

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »
La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al Director de GIL-BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 30 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 peses.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Huertas, 32, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Esto era—vamos al decir—una inmensa casa de vecindad.

Hallábanse en el patio dos niños, los cuales niños divertían sus ocios jugando á los reyes, y es fama que lo hacían con tanta perfeccion que parecia de verdad.

Uno de ellos colocó sobre la cabeza del otro una linda corona de plateado carton, y fueron de ver entonces los saltos de gozo del niño coronado; mirábase en la sombra, que procuraba examinar de distintos modos, acercándose á las tapias y alejándose de ellas alternativamente; el otro, no menos regocijado, contemplaba á su amigo y se recreaba en su obra, gozando todos los placeres del arte, juntamente con los de la amistad.

Acertó á salir entonces de un piso bajo una especie de hombrecillo, de pequeña estatura y de grandes mostachos; su mirar arrogante y su aire de maton hacíanle temible en la vecindad, sobre todo para las mujeres y los niños, y se aseguraba que, sin oficio conocido, buscábase la vida y se sostenía en el mundo cobrando el barato entre otros tahures de su misma calaña.

—¿Qué haceis ahí, canallas? preguntó á los niños.
Juanito, inventor del juego, no se atrevió á decir esta boca es mia, y desapareció: entonces el hombre de los grandes bigotes se dirigió hácia el niño de la corona, preguntando:

—¿Qué demonios viene á ser esto?
—Una corona.
—¿Una corona? Yo te daré la corona; y ya verás lo que es bueno.

No lo hubiera pasado muy bien el chico si la casualidad no hiciera que á la sazón entrase por la puerta de la calle un pariente próximo del niño, hombre fornido y de aspecto poco tranquilizador, que tampoco pasaba por excesivamente honrado entre sus vecinos.

Entrar, ver á su pariente mal parado y correr hácia el grupo, fué obra de un momento; pero el baratero se adelantó, y plantándose con la mano izquierda en la cadera y la derecha en el bigote, dijo empuñándose para parecer menos bajo:

—¿Querrás decirme, compadre, por qué ese chiquillo se pone una corona?
—No lo sé, ni me importa, contestó.
—Pues mira, me importa á mí.
—¿A tí?
—Mucho.
—¿Y qué tenemos?
—Pues nada, mira tú; que ahora mismo vas á decir al muchacho que se quite eso, ó si no...
—Si no, ¿qué?
—Pues nada, mira tú; si no puede que te pese.
—Quisiera ver eso.
—Pues por mí no ha de quedar; con que al avío.
—Como que me gustan á mí los hombres valientes y los mozos bien plantaos; anda.
En estas y las otras las viejas de la casa, los niños y muchos vecinos habían ido asomándose á su puer-

ta y el patio estaba casi lleno de curiosos; entre estos se encontraba, por un acaso, el padre del niño origen de la disputa, y temeroso de que por tan leve motivo hubiese un disgusto en la casa, le quitó la corona, le propinó un par de cachetes y le mandó retirarse, como en efecto lo hizo, muy contento de haberse librado á tan poca costa de la catástrofe.

Por desgracia, era ya demasiado tarde; los dos matones se tenían ganas, y el muchacho con su corona de carton habia servido solo de fútil pretexto para dejar estallar sus mútuos rencores. Los insultos eran ya inauditos. Ya se habian llamado todo lo que es posible llamarse, y hasta hay quien afirma que el uno llamó al otro persona decente y hombre digno; era, pues, inevitable el duelo. En rededor de ellos se formaba corro; ya habian salido á relucir las navajas, cuando una cabeza redonda y rubia asomó á una ventana y oyóse entonces:

—¿Qué ruido están haciendo?
—Es que van á reñir estos dos mozos.
—¿Van á reñir? Hombre, ¿y para eso tanto ruido?
Vaya, eso no vale nada, haced las paces y pelillos á la mar.

—Vaya Vd. á mandar llover, dijo uno de los contendientes.
—¿Quién le da á Vd. vela en este entierro? preguntó el otro.

—Nadie: es verdad. Yo lo hacia por vuestro bien solamente; pero aguardad que ahora bajo y entonces reñireis. Y observad bien que al que avanzando ó retrocediendo me rompa alguna de las macetas que tengo en aquel rincon del patio, le levanto la tapa de los sesos.

Un silencio embarazoso siguió á estas palabras: echábase de ver en todos los rostros que el hombre de las patillas rubias no habia soltado una fanfaronada, y que era muy capaz de hacerlo como lo decia.

Poco á poco la primera impresion fué desapareciendo, y nuevos insultos se cruzaron de una parte á otra con el fin exclusivo de adquirir ánimo y enardecerse: un nuevo inquilino se asomó entonces á la ventana.

—A ver si callais, gritó; no pareis sino mujeres, y más valia que en vez de alborotar el patio estuviéseis ganando la vida honradamente.

—Más honradamente que tú la ganó, dijo el baratero; desde las ventanas se insulta bien á los hombres.

—Aguarda, aguarda, que no me lo dirás dos veces; ahora bajo á ponerme al lado de tu enemigo.

A esta amenaza sucedió un momento de confusion; los gritos eran cada vez mayores; estos defendían al baratero, los otros defendían á su contrincante, y el patio más que patio parecia un campo de batalla.

Los guerreros, armados de palos enormes y tremendas navajas, solo aguardaban la señal de atacar: las madres acudían á recoger á sus niños; las mujeres, desde las ventanas, como queriendo arrojar por ellas, arengaban á sus esposos y á sus hermanos para que se retirasen de la contienda. Aquello era una Babel.

Solamente una ventana permanecia cerrada: ni una voz de consuelo, ni un consejo de paz habia salido de allí. Y sin embargo, en aquella habitacion

moraba una vieja beata, muy santurróna, individual de varias sociedades religiosas y que hacia frecuentes alardes de caridad cristiana. También pretendía pasar por santa, fingiendo milagros con ayuda de algunos aparatos de fisica que para aquellas sencillas gentes eran completamente desconocidos, con que tomaba como sobrenaturales los engaños de la vieja.

No faltaban, sin embargo, algunos muchachos listos que aguardaban la ocasion de penetrar en la casa de esa gazmoña; pero ella habia conseguido que el baratero diese el encargo á varios tahures amigos y compinches suyos de guardar la casa, y esto hacia muy difícil realizar el intento.

Pero volviendo al combate, no bien se alzó por el aire el primer garrote, no bien las dos primeras navajas se cruzaron, ya no hubo medio de contener aquellas fieras, ni era fácil darse cuenta de lo que allí pasaba; era una masa informe que se movía sin conciencia, quejas de los heridos, ayes de moribundos, gritos de amenaza, y llanto y desolacion por todas partes: tal era el aspecto del patio; en esto, y dominando todas las voces, sonó un agudo grito: era la voz de la bruja; la ventana, cerrada hasta entonces, se abrió de repente, y las voces de ¡socorro! ¡socorro! se hicieron oír á pesar del fragor de la pelea.

—¡Impíos, profanais mi santidad! gritaba la vieja.
—¡Fuera de ahí, embaucadora!
—¡Miserables! ¡Yo os maldigo!
—Calla, maldita bruja, ó te arrojo por la ventana.
—Aquí, mis defensores, aquí; matad á esa gente.
—Tus defensores están abajo, y si no callas...
—Perros, perros judíos, que Dios...

No pudo seguir; uno de los más forzudos la cogió, y á pesar de sus desesperados esfuerzos la arrojó en medio de los combatientes.

Y el cuadro no podia mirarse sin horror, y yo me abismaba en profundas reflexiones: ¿será posible que tan pequeñas causas produzcan tan grandes efectos? ¿Será posible que Scribe tenga razon? Y... desperté por fortuna; un minuto más, y tomo parte en la batalla.

Despierto ya, supe con placer que nuestro gobierno continúa tranquilo; que el regente prepara una cacería de perdigones, y que todo sigue en el mismo estado. ¡Oh ministerio previsor! Tú merecerias una... y las edades futuras te la darán, no tengas duda.

A. Sanchez Perez.

UN ESPECTÁCULO NUEVO.

Entré en el anden para despedir á unos amigos que marchaban á Barcelona.

Si les digo á Vds. que hacia un calor horrible, es lo mismo que si les dijera que Montpensier sigue dedicado á la caza del trono, cosa de todo el mundo sabida.

No hacia tres segundos que la temperatura del anden me hacia feliz, cuando apareció un hombre apresuradamente con su saco en una mano, su paraguas debajo del brazo, un libro en la otra y las gafas puestas.

Vds. no le conocen.

Es un extranjero que se encuentra siempre donde ocurre algo grave.

No me sorprendí al verle en guisa de emprender el viaje.

—¿Va Vd. á la guerra? le pregunté así que le hube saludado.

No me contestó; pero noté á través de sus gafas que me había hecho un guiño.

—¿Cómo no se va Vd. por la línea del Norte?

Otro guiño del ojo izquierdo del extranjero fué la contestación á mi pregunta.

—Vamos, sin duda prefiere Vd. pasar por Suiza y dirigirse á Alemania, tomando la ruta desde Marsella.

—No me entiende Vd.

—De todas maneras, deseo á Vd. feliz viaje, le dije disponiéndome á marchar.

—¡Eh! amigo mío, espérese; quiero que adivine usted mi viaje.

—Eso es difícil.

—Pues bien, sépalo Vd.; yo voy siempre donde creo hallar una cosa extraordinariamente nueva. El mes pasado supe que en España se iba á elegir un rey en medio del mayor orden y tranquilidad, y dije: «Esto es nuevo, vamos á España.» Ya sabe usted que me he llevado chasco.

—Afortunadamente.

—Crea Vd. que no es el único. Yo he visto á Blon- din pasar el Niágara, y no se ha estrellado; he visto al emperador Napoleón en un ataque de los suyos, y tampoco ha reventado; ¡ay! créame Vd., amigo mío: no puede uno contar con nada seguro en este valle de lágrimas.

—Por lo mismo supongo que ahora asistirá usted al teatro de la guerra.

—He visto ya muchas; eso tiene poca novedad para mí.

—Sin embargo...

—Sin embargo, cree Vd. que voy á la guerra.

—Supongo.

—Pues voy á Roma.

—¿A Roma?

—Justamente. Allí sí que puede ocurrir algo extraordinariamente nuevo. Si Francia retira sus tropas y los garibaldinos entran en Roma, le digo á usted que aquello va á ser de lo más curioso... ¡Dios mío, que yo no muera sin verlo!

—¿Con que va Vd. á Roma?

—Sí señor; los verdaderos aficionados á emociones fuertes no podemos ir á otra parte. He visto muchas batallas, muchos soldados muertos, mucho cañón abandonado... Pero no he visto aun un obispo ensartado, y me temo que ahora se me va á presentar la ocasión.

—¡Hombre, no sea Vd. así!

—Qué quiere Vd., soy rico y me proporciono todos los gustos que puedo.

—¿Y no le conmueve á Vd.?

—Pues porque me conmueven voy buscando ciertos placeres. Yo no puedo vivir sin conmoverme.

La locomotora dió el primer silbido.

—¡Adios! me dijo; desde allí escribiré á Vd. Aquello va á estar delicioso... Cerca de mil obispos acaban de decretar la infalibilidad, y espero ver á ellos y al infalible recurriendo á la fuga por salvar la pelleja... Le digo á Vd. que Dios no ha inventado una comedia de mejor desenlace.

—En verdad que se va Vd. á divertir.

—Si llegan á entrar los garibaldinos verá Vd. en lo que viene á parar el Espíritu Santo.

—¡Buen viaje!

—Hasta la vuelta... Los reyes no vienen y los infalibles huyen...

Dos minutos más tarde no se veía ya el tren...

Luis Rivera.

## LA PAZ.

Cuando los chinos estropean y degüellan á los sectarios del cristianismo, que es religion de paz; y cuando el emperador francés emprende otra guerra para demostrar que el imperio es la paz, y cuando la policía de París apalea á los que por las calles andan gritando viva la paz, no sé yo cómo no se decreta en España una paliza general á los jueces de paz, ni cómo no borramos el nombre de calle de la

Paz, ni cómo se cree nadie hacerse simpático diciendo: soy moro de paz.

Yo acabaré también por detestar todo lo pacífico. Ya comienza á cargarme un poco la idea de un período sin boletín extraordinario, sin iluminaciones que solemnicen una gran matanza, sin grandiosos hospitales, sin obeliscos que conmemoren ilustres hecatombes, y sin diarias promociones á coroneles, á brigadieres, á mariscalatos de campo, á tenencias generales.

¡La paz! ¿Qué es la paz? Hacer zapatos, vender zapatos, comprar zapatos. Levantar casas, vender casas, comprar casas. Sembrar campos, labrar campos, segar campos; ¿hay cosa que más embrutezca que esa monotonía?

¿Dónde están en la paz las grandes sensaciones? ¿Dónde las fiestas con tambores y charangas?

Los estragos de la paz son funestísimos. Hay hombre que en un año de paz echa trescientas sesenta y seis siestas, cuando en un minuto de guerra dispara cuarenta tiros, con grande aprovechamiento.

Quince días atrás los jornaleros de París pasaban las noches embobados oyendo los discursos de cuatro ó cinco ó veinte insanos materialistas, y malograban su robustez y actividad en vanas disputas sobre los sueños de Buchner y Flammarion.

Hoy día corren animados por las calles gritando ¡muera Prusia! que á lo menos representa una idea práctica, un sentimiento nacional y tradicional; hoy día, hasta los forjadores de utopías anárquicas, gritan ¡viva el emperador! deseo que verdaderamente no podrán ver logrado largo tiempo; pero á lo menos esto los distrae de sus peligrosos devaneos sobre el derecho, une á las clases sociales en un mismo sentimiento, y armoniza de tal modo á los hijos de una misma patria, que el deportado abraza al deportado, el delatado besa al polizonte, el niño nacido en Lambesa bendice continuamente al verdugo de sus papás, y el pacífico cazador de pajaritos aprende en su jardín á tirar al blanco, ejercitándose contra un casco prusiano, dibujado de afición por él mismo.

El pueblo olvida á Méjico; la Francia del 93 olvida la servidumbre de Roma, y hasta el paletó de Niza olvida su ingreso forzoso y artificial en el imperio, al paso que el alsaciano y el lores conciben la esperanza de rebelarse para volver al nido materno.

Entre tanto, Luis Bonaparte sacrifica el resto de sus días por el honor de Francia: el 2 de diciembre sale en traje de Carlomagno, montado en un mulo valentiniano; pero los suyos le rodean deslumbrando con sus uniformes, y los peatones, que le miran desde lejos y con los ojos del entusiasmo, no ven en su Czar más que los bigotes y la ondeante pluma del sombrero; y el ruido de los cañones, el redoblar del parche, el estruendo del saxofón y la agitación de los pañuelos blancos completan la ilusión, exaltan el entusiasmo y arrancan de todos los labios el grito de ¡viva la guerra!

¡Diez y ocho siglos de Evangelio para llegar á esto!

Esto es sin duda lo bueno. Y cuando no, esto es lo que priva. Con la corriente me largo, yo también: ¡viva la guerra!

Pero lejos.

Roberto Robert.

## LOS CONCIERTOS DEL RETIRO

LAS NOCHES DE DOS PESETAS.

Una señora casada.—Jesús, cuidado que hace un tiempo... Ni aun aquí corre una pizca de aire.

Un caballero servente.—Lo que corre por aquí son las ilusiones.

El marido.—¿Hablaba Vd. de cañones? Porque yo creo que Francia tiene ya más de un millón en el Rhin.

Un dilettante (recostado en la silla y apoyado sobre un árbol, con gafas y cabellos blancos).—¡Oh, qué música!

Un caballero.—Allí viene Montpensier.

Una vieja.—Enséñeme Vd. á nuestro rey.

Una polla.—Será rey de Vd., señora, que nuestro no.

La vieja.—Señorita, no he querido ofender á nadie, sino exponer una opinión.

Un tercero en discordia.—Ambas tienen Vds. razón. Montpensier es el rey natural de la revolución. Natural, ¿estamos? pero no legítimo.

Un redactor de GIL BLAS.—Se acabaron ya los legítimos.

La vieja.—Se equivoca Vd. mucho, caballero. Sin legitimidad no hay dicha en la tierra. Cinco maridos he tenido; pues bien, todos eran legítimos.

Un cura (vestido de paisano).—Cinco maridos, cinco bodas, cinco entierros. ¿Y cuántos hijos?

La vieja.—Once.

El cura.—Once bautizos. ¿Sabe Vd., señora, que es Vd. una excelente protectora de la madre Iglesia?

La vieja.—Siempre he servido bien á Dios.

Gil Blas.—Y á sus cinco maridos.

Un pollo.—Por allí va Sagasta.

Una polla.—A ver si te coloca pronto en la secretaría.

El dilettante.—¡Oh, qué música!

Una señora.—¿Le duele á Vd. algo?

El dilettante.—¡El Ave-Maria de Gounod! ¡Oh! ¡Oh!

Un forastero.—¿Qué es eso que tocan?

El que está á su lado.—El Ave-Maria.

El forastero.—Vamos, será hora de acostarse.

Un capellan.—¿La armamos ó no la armamos?

Otro id.—¡Prontito! Ya tenemos ocho plazas fuertes, y la mitad del ejército á nuestro favor.

El capellan (dando una zapateta al aire).—¡Arda Troya!

El dilettante.—¡Oh, qué música!

Un diplomático.—¡Qué bien tocan este trozo! Me voy á tomar un sorbete.

Un casero.—Muy buenas noches, doña Amalia. ¿También Vd. por aquí?

Doña Amalia.—Qué quiere Vd., soy tan filarmónica...

El casero.—Pues anoche no la ví á Vd.

Doña Amalia.—Es que anoche no costaba más que una peseta.

El casero.—Pero también había música.

Doña Amalia.—¡Quiere Vd. callar! Música de cuatro reales. Yo voy siempre á lo bueno, aunque lo pague más.

El casero (aparte).—Más valiera que me pagaras el cuarto. (Alto.) A los pies de Vd.

Un padre de familia.—Mire Vd., si Francia no vence, no sé yo lo que es la guerra.

Otro id.—Pues se va Vd. á llevar chasco, porque Prusia tiene más recursos.

—¿Y el empuje de los franceses?

—¿Y la resistencia de los prusianos?

La marquesa de...—Se acabó el concierto. A ver si llegamos al coche antes que salga la gente.

El dilettante.—¡Oh, qué música!

Un mozo.—¡Calle! Por aquí hay alguien. ¡Eh! caballero, despierte Vd., que ya se acabó el concierto.

El dilettante.—¡Oh, qué mús...! (Restregándose los ojos.) Está esto oscuro.

El mozo.—Como que ya íbamos á cerrar.

El dilettante.—Cuando uno empezaba á gozar, se acaba. ¡Oh, qué música!

Luis Rivera.

## LA REPÚBLICA...

¡Huyamos!

El terror de los seminaristas, el coco de los devotos, el espantajo de los caudales, la esperanza de los anarquistas, el desmayo de los exclaustros, la yesca del retroceso, el prólogo de la barbarie, la abominación de la desolación... ¡esto es la república!

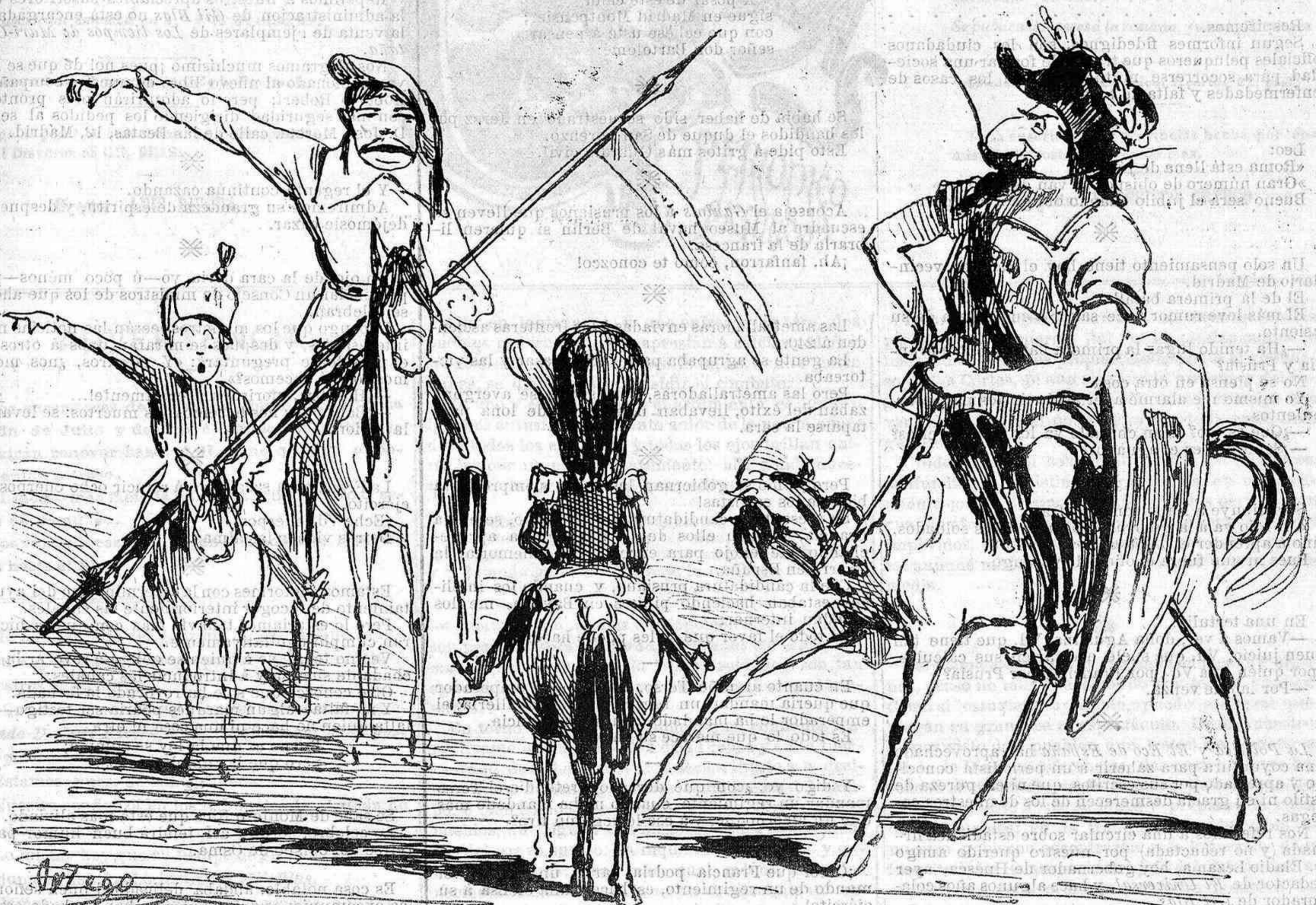
Y si añadiéramos federal, ¡oh y mil veces oh! Si añadiéramos federal, sería el colmo, sería el abismo; las siete plagas multiplicadas por siete veces siete; la bestia apocalíptica; una orgía celebrada por Atala, Neron, Marat, Caifás, los Niños de Ecija, Lutero, Mahoma, Dumollard y sus secuaces.

Si por desgracia llegáramos á proclamar la república...

No me ha sido posible continuar, porque me he estremecido; pero, calmado un tanto mi horripilamiento, voy á proseguir.

Si llegáramos á proclamar la república, entonces... entonces... en primer lugar, bajarían los fondos. Infaliblemente bajarían los fondos, y considere

# UN ESTADO MAYOR RÉGIO.



¡CÉSAR! CONDÚCENOS A LA GLORIA.

el piadoso si España no debe huir en masa de la baja de fondos; que aunque es cosa que por fortuna no nos ha sucedido todavía, cualquiera con mediano cálculo puede formarse idea de lo horrible que sería la cosa.

En segundo lugar, tendríamos partidarios de Espartero, partidarios de Montpensier, partidarios de D. Carlos, partidarios de D. Alfonso, y la pobre España despedazada, lamentaría en vano su error, sería juguete de facciones egoístas y padecería un dolor también desconocido, pero fácil de conocer, y por demás acerbo.

Además, ¿creeis acaso ¡oh españoles sandios! que si hubiese república se podría pagar corrientemente á las malaventuradas clases pasivas? ¡No, no lo creais! No se las podría pagar, y nos encontraríamos en la situación nunca vista de estar oyendo los tristes clamores de las viudas y los huérfanos, al paso que las utópicas ideas de partido tal vez nos obligarian á malgastar 170 millones en clero y 12 millones en monjas, y una enormidad de millones en personal y material de guerra; porque, no lo dudeis: si hubiera república necesitaríamos grandes masas militares para tener á raya á los partidos.

Yo me espanto debidamente al considerar que si tuviésemos república llegaríamos al periodo más funesto de nuestra dolorosa historia, porque se formarían partidas de bandoleros que desvergonzadamente recorrerían como país conquistado nuestra Península, y en Madrid mismo, dentro del culto recinto de Madrid, veríamos á los ciudadanos pacifi-

cos bárbaramente asesinados por las calles: calamidad de que daríamos el primero y más abominable ejemplo.

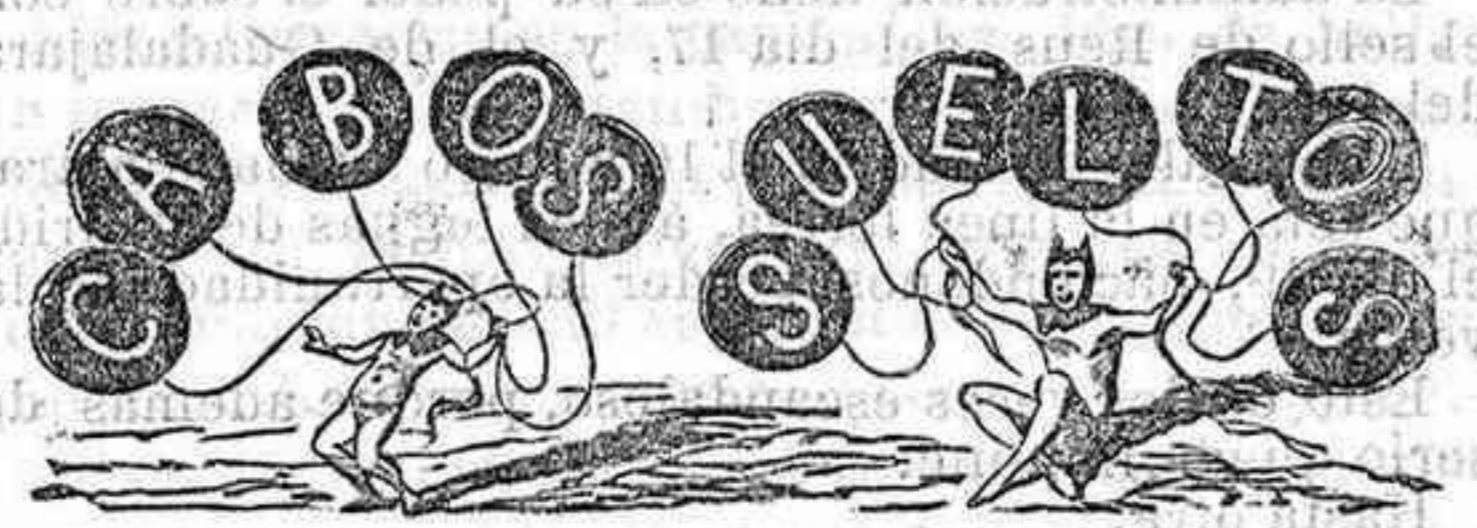
¡Ah, no, españoles, no! ¡Lejos de nosotros la idea de república!

Las dinastías podrán ser malas durante diez ó doce breves generaciones; pero la república es abominable en sus principios, medios y fines.

Preguntádselo á los colegiales; preguntádselo al Pontífice romano; preguntádselo á Luis Bonaparte; preguntádselo á los fabricantes y consumidores de libreas, y todos unánimes os responderán que toda república es odiosa.

Fortalezcámonos mutuamente en nuestras monárquicas resoluciones: conservemos los inapreciables bienes debidos á la última dinastía que hicimos saltar del trono: así tendremos á raya las ambiciones de los príncipes ambiciosos y la salvaje codicia de la plebe, con todo lo demás que verá quien viviere.

Roberto Robert.



El nuevo café de Fornos, en la calle de Alcalá, esquina á la de Peligros, no me gusta solo por su ser-

vicio, por su nueva y espléndida iluminación, por el confort de sus comedores...

Todo esto es muy bueno. Pero hay en este café lo que no hay en otros; lo que solo en el café de Madrid empezó á llamar la atención del público.

Hay... ¡arte! El café de Fornos es un templo donde se rinde tributo á ese espíritu divino que consuela y engrandece al hombre... al arte.

Cuatro techos de Vallejo hay en el salon principal, dibujos que hasta ahora solo poseian los palacios de los reyes ó los obispos.

Cuatro estaciones de Balaca que son preciosas, y una infinidad de paisajes, adornos y detalles de Ferri que contribuyen poderosamente á completar la belleza del local.

En los muebles se nota el mismo buen gusto, y bien se deja ver la inteligente mano de Guerrero, que sabe casar la comodidad con el arte.

Damos la enhorabuena á los Sres. de Fornos por el acierto y espléndidez con que han sabido armonizar el buen servicio del público con las exigencias del arte.

Los moderados nos dicen ahora que el gobierno va á reunir las Córtes para presentarles la candidatura del duque de Aosta.

Esta noticia es falsa. Para convencerme de ello no tengo más que mirar á los montpensieristas y verlos pidiendo la reunión de las Córtes.

Cuando ellos la piden es porque saben que no hay tales carneros.

Estamos que no nos llega la camisa al cuerpo.  
 Los DUEÑOS DE NUESTRAS CABEZAS celebran reuniones nocturnas en una casa de la calle de las Tabernillas.  
 ¿Qué planes diabólicos fraguarán bajo las sombras de la noche?  
 Meditemos...  
 ¡Oh!... El derecho de reunion y asociacion es muy peligroso. Debe suprimirse ese artículo de la Constitución.

Respiremos.  
 Segun informes fidedignos, son los ciudadanos oficiales peluqueros que tratan de formar una sociedad para socorrerse mutuamente en los casos de enfermedades y falta de trabajo.

Leo:  
 «Roma está llena de júbilo.  
 »Gran número de obispos se van desde hoy.»  
 Bueno será el júbilo cuando obliga a escapar.

Un solo pensamiento tiene hoy el pacífico vecindario de Madrid.  
 El de la primera batalla.  
 El más leve rumor hace saltar á cualquiera de su asiento.  
 —¿Ha tenido lugar la primera batalla entre Francia y Prusia?  
 No se piensa en otra cosa.  
 Yo mismo me alarmé ayer al oír ciertos pasos turbulentos.  
 —¿Qué es eso? ¿Han chocado ya los dos ejércitos?  
 —¡Señorito, es el aguador!

Se atribuye á Napoleon esta frase:  
 «Mi hijo va á la guerra, no á jugar á los soldados, sino á aprender el oficio de príncipe.»  
 Pues ni que fuera el oficio de verdugo.

En una tertulia:  
 —Vamos á ver, doña Agustina, Vd. que tiene tan buen juicio, Vd. que suele acertar en sus cálculos, ¿por quién está Vd., por Francia ó por Prusia?  
 —Por la que venza.

La Política y El Eco de España han aprovechado una coyuntura para zaherir á un periodista conocido y apreciado por sus escritos, que ni en pureza de estilo ni en gracia desmerecen de los de nuestros colegas.

Nos referimos á una circular sobre estadística firmada (y no redactada) por nuestro querido amigo D. Eladio Lezama, hoy gobernador de Huesca, ayer redactor de El Universal, y hace algunos años colaborador de Gil Blas.

Demasiado saben nuestros colegas que esa circular no podía estar redactada por el Sr. Lezama, á quien sus últimas crónicas parlamentarias publicadas en El Universal valieron generales simpatías de todos los periodistas que concurren á la tribuna.  
 Por lo demás, si el empleado que redactó la circular no detiene su carrera... se va á dar de narices contra un pesebre.

Un aficionado al ergotismo hacia la otra noche el siguiente razonamiento:  
 Algunos obispos han negado la infalibilidad del Papa.

Estos obispos decían la verdad, ó decían el error.  
 Si decían la verdad, el Papa no es infalible.  
 Si enseñaban el error, no son merecedores de ocupar el puesto que ocupan, y como el Papa los ha consagrado, el Papa hizo mal y se equivocó al consagrarlos; luego el Papa no es infalible.  
 Recomendamos la conclusion al director de La Esperanza.

—Señor mío, tengo una satisfaccion en verde; ¿cómo va?  
 —Tal cual, tal cual; ¿y por casa?  
 —Así, medianamente.  
 —Lo celebro.  
 —Con que... dígame Vd., ¿qué hay de cosas?  
 —Estaba esperando la pregunta: mire Vd., amigo mío, desde que todo el mundo lo sabe todo, he resuelto yo no saber nada.

A los súbditos prusianos todo se le vuelven protectores.  
 Primero era la embajada española.  
 Ahora es la legacion suiza.  
 Harto será que con tantos protectores no tengan lo suficiente.  
 ¡Son tan brutales los instintos guerreros!

Tan amigos son los montpensieristas de las Cortes, que si desean su reunion es porque pueden coronar patrióticamente el edificio consalido.  
 Me alegraría que el gobierno presentase un candidato para ver cómo los montpensieristas cambiaban de opinion.

A pesar de este calor sigue en Madrid Montpensier; con que échese usted á pensar, señor don Bartolomé.

Se habla de haber sido secuestrado en Jerez por los bandidos el duque de San Lorenzo.  
 Esto pide á gritos más Guardia civil.

Aconseja el Gaulois á los prusianos que lleven su escuadra al Museo naval de Berlin si quieren librarla de la francesa.  
 ¡Ah, fanfarron, cómo te conozco!

Las ametralladoras enviadas á las fronteras ascienden á 240.  
 La gente se agrupaba para verlas pasar y las victoreaba.  
 Pero las ametralladoras, únicas que se avergonzaban del éxito, llevaban una funda de lona para taparse la cara.

Pero ¿cómo se gobiernan las cosas siempre para bien de los carlistas!  
 Se presenta la candidatura del prusiano, se enoja Francia, y salen ellos de su madriguera aprovechando este enojo para encender (de memoria) la guerra en España.  
 Cae la candidatura prusiana, y cuando los infelices estaban haciendo pinitos en Bayona, me los mandan internar.

En cuanto al niño Terso, ha dicho al emperador que queria mandar un regimiento de caballería; el emperador le ha mandado... salir de Francia.  
 Es todo lo que merece su valor.

Y digo yo: ¿con qué derecho pretendia el Terso mandar un regimiento, cuando no ha mandado más que un alcornoque, y á ese le pegó un tiro?

¡Crear que Francia podria dar á un imbécil el mando de un regimiento, es hacer una ofensa á su ejército!

El niño Terso es un rey bueno para hacer reír, por eso debe vivir siempre encerrado en Vevey.

Pues señor, ya hemos inaugurado el canal de Cinco-Villas.

Ahora solo falta hacer el canal.  
 Tarde lo que quiera, hágase ó no, nadie puede quitar á los 160 convidados el haberse divertido á costa ajena.

Habia antes una orden para que las diputaciones y ayuntamientos no abonasen más gastos que los de inauguraciones de obras terminadas.  
 Pero esta orden, como dice La Epoca, ha venido abajo con la revolucion.  
 Y vea Vd., la orden era buena.

Celebrar inauguraciones de obras que no se han hecho es de lo más progresista que se conoce.  
 ¡Ciento sesenta cubiertos y otros tantos brindis por un canal que no existe! ¡Cuánto champagne y cuánta prosa gastados inútilmente!  
 A este paso nos vamos á comer á esas Cinco-Villas antes que tengan agua.

Al director de Comunicaciones.

La administracion de Gil Blas envió el dia 16 de julio un paquete á Guadalajara; el paqueté fué á Reus, y de Reus volvió á Guadalajara.

La administracion tiene en su poder el sobre con el sello de Reus, del dia 17, y el de Guadalajara del 19.

Total: salió de Madrid el 16 y llegó á Guadalajara, que está en la linea férrea, á diez leguas de Madrid, el dia 19, haciéndonos perder la oportunidad de la venta.

Esto es dos veces escandaloso, porque además de serlo queda impune.  
 Hasta otra.

Nuestro constante compañero de redaccion Roberto Robert ha salido para Barcelona el dia 20; mas no por esto abandona á Gil Blas.

En prueba de ello...  
 Pero ¿qué pruebas ni qué calabazas? ¿Hay más que ver este número y los siguientes?

Repetimos á nuestros apreciables suscritores que la administracion de Gil Blas no está encargada de la venta de ejemplares de Los tiempos de Mari-Castaña.

Nos alegramos muchísimo ¡pues no! de que se hayan aficionado al nuevo libro de nuestro compañero Roberto Robert; pero lo adquirirán más pronto y con más seguridad dirigiendo los pedidos al señor D. José Morete, calle de las Beatas, 12, Madrid.

Y el regente continúa cazando.  
 Admirémos su grandeza de espíritu, y despues... dejémosle cazar.

Un ojo de la cara daría yo—ú poco menos—por presenciar un Consejo de ministros de los que ahora se celebran.

Supongo que los ministros leerán las noticias más interesantes, y despues se mirarán unos á otros, y el presidente preguntará: «Y nosotros, ¿nos morimos, ó qué hacemos?»

—¡Hombre, morirnos precisamente!...  
 —¡Bah! pues nos haremos los muertos: se levanta la sesion.

La Francia ha sacado ya á relucir ocho cuerpos de ejército.

¡Eche Vd. cuerpos!  
 Detrás vienen las almas.

Estamos conformes con la determinacion del ayuntamiento de recoger interiormente las canales.

Pero lo estariamos todavía más con que se hicieran cumplir equitativamente.

Vecino tengo yo á quien se obliga á revocar la fachada de su casa y á introducir las canales.

Otro conoze que solo ha revocado la fachada.  
 Y no falta—algun marqués podria ser testigo—no falta quien no hace ni una cosa ni otra.

Bueno es que la ley se cumpla; pero que la cumplan todos.

Se sabe de Montero Rios que está más aliviado.  
 Lo celebro, porque así tendrá buen humor para reirse del obispo de Osma.

Es cosa notable: andaba delicado el buen señor y las excomuniones episcopales le han probado como mano de santo.

Parece que los anatemas del obispo de Osma son muy saludables.

¡Gran virtud tiene este santo varon, que hace bien aun á pesar suyo.

PASATIEMPO.

CHARADA.

Ponte primera y segunda para estar cómodo en casa, ya que segunda y tercera es algo más que mediana. Prima y tercera hace tiempo que en las mismas Cortes la hallan los monárquicos que buscan un rey cuando no hace falta. El todo lo espera el mundo con ansiedad extremada desde que á orillas del Rhin dos ejércitos acampan.  
 (La solucion en el número próximo.)

CHOCOLATES Y CAFÉS

COMPANIA ESPAÑOLA.

GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR EN MADRID.  
 BARRIO DE POZAS (paseo de Arneros, 8.)

Esta fabrica, que en el mes de Noviembre del año pasado quedó destruida por un incendio, ha sido reconstruida de nueva planta con todos los adelantos introducidos últimamente en este importante ramo de la industria. Los riquísimos productos de la COMPANIA se distinguen por la superioridad de clase y perfecta elaboracion. Se expenden en casi todos los establecimientos de comestibles de Madrid, y en las principales poblaciones de la Peninsula.  
 El público puede visitar libremente el establecimiento.

MADRID: 1876.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.